



Al poeta de La Sílfides: Fernando Jhones, genuinamente un *danseur* noble

Dunet Pi Hernández

La vida de Fernando como bailarín, comenzó en 1959, con diez años de edad. Su madre, contra todo prejuicio que existe, sobre todo en esos tiempos, de ver un hombre dedicado al ballet, lo llevó a la Escuela Provincial de Ballet de La Habana, la conocida L y 19 de El Vedado, para iniciarse en lo que sería el motivo de su existencia entera. Ahí, realizó una audición ante Ana Leontieva, Mijaíl Gúrov, Olga Krílova, y un tribunal de maestros cubanos, y fue aceptado por sus condiciones especiales para el ballet, su línea de piernas y pies, su físico armónico

Fernando Pí Jhones se aferraba a la barra para abrir el *en dehors* (abertura de las piernas, muy importante para practicar el ballet) obligatorio en la danza clásica, estudiaba sus estiramientos; su concentración destacaba del resto de los varones, por lo general entregados al juego y las travesuras. Esto lo llevó hasta la Escuela Nacional de Arte ya encontrarse con Joaquín Banegas y con Fernando Alonso, que lo consideraba “el pequeño Erik Bruhn cubano”. Allí conoció a Dubia Hernández, una alumna del curso superior, explosiva y directa, que sería su complemento para toda la vida.

Celebró su graduación de la Escuela Nacional de Ballet en el teatro Amadeo Roldán en 1970. Llamó la atención de todos los críticos de ballet, un jovencito que prometía inscribirse en la hoy larga lista de excelentes bailarines cubanos. Además, su trabajo de graduación también sería una novedad: por primera vez una pareja cubana interpretaría el *pas de deux* El corsario. Al descorrerse las cortinas, el joven saltaba con agilidad, gracias y asombroso profesionalismo; la limpieza de sus pasos –que más tarde sería proverbial– se mostraba en su quinta posición, sus múltiples piruetas, la correcta colocación de los empeines, su hermosa línea, su torso erguido y su cuerpo expresivo y danzante. Junto a su *ballerina*, aparecía este chico rubio y agraciado, que entraba también en el mundo de la danza escénica.

Fernando Pi Jhones ingresó de inmediato en el Ballet Nacional de Cuba. La propia Alicia Alonso le propuso cambiar su nombre profesional por el de Fernando Jhones, con el cual brilló en los escenarios internacionales. Era la época en que comenzaba a descollar la carrera del bailarín masculino para competir con la tradicional primacía femenina: Núreyev, Vasíliev, Bujones, Baríshnikov se hacían de la fama y los aplausos que antes cosechaban las mujeres. En Cuba estaban Esquivel, Carreño, Williams, Zamorano, Salgado... y Fernando Jhones, que destacaba por su cuidadoso trabajo y su imagen menos tropical, más "aria", lo que daba muestras de la rica diversidad étnica de nuestro conjunto masculino.

Como ejemplo de nuestra *escuela cubana de ballet*, Fernando Jhones nos representó en el Concurso Internacional de Ballet de Varna, Bulgaria, en 1976. En dicha competencia obtuvo un diploma de honor; y al año siguiente, en el de Moscú, se alzó con el Premio a la Maestría Artística, por su dominio del estilo Bournonville a pesar de haber competido con una importante lesión en uno de sus mágicos pies.

Cuando la primera bailarina Loipa Araujo trajo a Cuba el *pas de deux* del ballet *Festival de las flores en Genzano* de August Bournonville, principal exponente de *la escuela danesa de ballet*, escogió a Fernando Jhones como *partenaire*. En nuestro país sólo se había visto el dúo de *La Sífide* dos años antes, interpretado por los italianos Carla Fracci y Paolo Bortoluzzi, por lo que fue ésta la primera vez que una pareja cubana interpretaba una obra de esa antigua escuela y del repertorio del maestro danés del siglo XIX. Fernando Jhones haría de este fragmento una verdadera creación y lo trabajaría con una especialista como la maestra sueca Elsa Marianne von Rosen.

Intérprete de larga carrera como bailarín, su repertorio abarcó roles protagonistas en *Las Sífides*, *Coppélia*, *El lago de los cisnes*, *Giselle*, *La fille mal gardée*, *Tiempo fuera de la memoria*, *Don Quijote*, *La bella durmiente del bosque*, *Canto vital*, *Tema y variaciones* y *La bayadera*, entre otros. Pero no cabe dudas de que su interpretación del soldadito de plomo en el ballet *Muñecos* de Alberto Méndez será siempre recordada. Estrenado por él, junto a Caridad Martínez, en 1978, esta obra lo consagró como bailarín y como artista, en ella sembró un referente ineludible para los intérpretes posteriores de esta joya de la coreografía cubana. Con su interpretación, *Muñecos* obtuvo ese año el Primer Premio en Coreografía Moderna en el Concurso Internacional de Ballet de Tokio.

Otra interpretación memorable de Jhones resultó *Petruchka*, repuesta por el Ballet Nacional de Cuba en 1982, obra en la que demostró

que no sólo los brazos redondeados y el *en dehors* de Bournonville o de Balanchine estaban en su cuerda interpretativa: la marioneta de Fokín, que hiciera famoso a Nijinsky, le exigió además un trabajo actoral fuerte y estudiado, que venció y convenció a pesar del sabor añejo de la obra.

Promovido a la categoría de primer bailarín en 1986, quizá algo tarde para su historia y sus méritos, Fernando Jhones fue uno de los primeros bailarines cubanos que trabajó en compañías internacionales. Sus contratos en el Ballet de Alberta en Canadá y el Ballet de Monterrey en México a partir de 1984, lo llevaron a bailar con figuras como Marianne Beausejour o Anne Marie d'Angelo, que también lo acompañaron en galas internacionales. Allí interpretaría obras de Ashton, Lambrou y d'Angelo, que ampliaron su repertorio y su visión del ballet.

En los años 90, llegó a la ciudad de Querétaro en México, donde fundó la Licenciatura en Ballet de la Universidad Autónoma junto a su esposa la actual Dra. Dubia Hernández. Entre los dos formaron el Ballet Clásico de Querétaro, del cual fue director, e instituyó la academia CubaLaDanza, junto a su esposa y su hija. El interés científico de Fernando Jhones lo llevó a formar parte de la primera promoción de licenciados en Arte Danzario del Instituto Superior de Arte de Cuba, de donde egresó en 1992.

Pero no por haber sentado cátedra en México Fernando olvidaba su país y su Ballet Nacional de Cuba. Él era, sobre todo, un enamorado de su patria y de su compañía. Viajaba a Cuba hasta dos veces por año, y no perdía oportunidad de impartir sus maravillosas clases de ballet en los Festivales Internacionales de Ballet de La Habana o en los Encuentros Internacionales de Academias de Ballet. En la Escuela Nacional llegó incluso a graduar grupos de varones.

En mayo de 2007 en Querétaro se realizó un homenaje de la Orquesta Filarmónica del Estado, que presentaba un DVD con *Cascanueces*, que él montó con su compañía, acompañada musicalmente por esa agrupación. El orgullo lo desbordaba, las más altas personalidades lo felicitaban y se hablaba de otros proyectos: una nueva presentación de *Sílfides* y *Giselle*; para finales de año, *Don Quijote*; y *Cascanueces* nuevamente en Navidad. Esto se siguió haciendo durante muchos años más. El entusiasmo lo llevó a replantearse el sueño de defender un doctorado en el Instituto Superior de Arte de Cuba con el tema "Vindicación del bailarín cubano".

Días antes de fallecer, un 2 de septiembre de 2007, había presentado su libro *Historia universal de la danza* –escrito en colaboración con su esposa– y, colmado de emoción, refirió que, al haber cumplido con el legado martiano, ya podía morir tranquilo. Sus funerales fueron

históricos en Querétaro, personalidades de todas partes enviaron condolencias a sus familiares... y en Cuba nadie podía dar crédito a la noticia de los diarios y noticieros. Su imagen ya no nos acompañaría más que en el recuerdo de su afabilidad y su sensibilidad.

Muchos lo conocían como Fernandito, apodo que surgió para diferenciarlo del maestro Fernando Alonso y por su imagen siempre inocente, risueña y serena. Su rubia cabellera, su estirpe de *danseur* noble y su extrema corrección técnica, siempre fueron un oasis ante la avalancha efectista que comenzó a imponerse en los años noventa. Precisamente en 1991 bailó por última vez: su despedida fue con *Muñecos* junto a su hija, Dunet Pí Hernández, aunque luego actuaría especialmente como Hilarión en el estreno del ballet *Giselle* con la Filarmónica del Estado de Querétaro, cuando la Compañía cumplió diez años de su fundación.

Al hacer un estudio de la danza masculina en Cuba –hoy día famosa por la cantidad de los talentos que tenemos en nuestras compañías, y por los bailarines salidos de nuestra escuela que inundan las carteleras internacionales- no hay que olvidar su carrera como intérprete, ni su imagen. Él, como su descendencia, son inequívoca prueba de la diversidad de una cultura transculturada, en que coexisten el negro, el amarillo y el blanco, el africano, el asiático y el europeo, sin estereotipos o clichés que limiten las dimensiones de su universo cultural. Su maestría artística, reconocida y premiada, debe ser también acicate a emular por los bailarines de hoy y de mañana.

Tampoco pueden soslayarse sus aportes a la pedagogía del ballet, demostrada en diversas compañías y escuelas, ni su reconocido prestigio como maestro, en especial de varones. Siempre fue heredero de las tradiciones de Alonso en los salones de clase, y fuera en Querétaro o en La Habana, la escuela cubana de ballet recorría las barras, los espejos y los tabloncillos que inundaba con sus demandas cada vez más altas.

Y si como organizador y *maître* de ballet se le analiza, ahí está su trabajo fundacional en la Universidad Autónoma de Querétaro con su Ballet Clásico y los montajes de *La Sífides*, *El lago de los cisnes*, *Giselle*, *Don Quijote*, *Paquita*, *Cascanueces* y obras más contemporáneas del repertorio internacional. Con sólo 56 años cumplidos el 2 de junio, Fernando entró en la dimensión eterna de los inmortales, de esos cuya huella se siembra en nuestras vidas para dar frutos maravillosos. Partió antes de tiempo, pero dejó “obra acabada”.

Duele no verlo más en el salón, corrigiendo las posiciones o enmendando las filas de sífides, cisnes, willis o copos de nieve. Decirle adiós es imposible, porque ahí está su obra, su carisma, su lealtad, su presencia

impactante, sus múltiples *entrechats*, sus brazos “Bournonville”, su risa y su saludo militar de Muñecos.

Las palabras son meros sonidos cuando el dolor las ahoga en las gargantas. “¡Hasta mañana! Se debe decir al morir y no adiós”, dijo José Martí hace más de siglo y medio. Digámosle mejor a Fernando: ¡Hasta siempre... y por siempre al poeta de La Sílfides!